

Thomas se había imaginado ese momento en incontables ocasiones. Qué haría, qué diría. Correría hacia adelante, derribaría al que entrase e intentaría huir, escapar. Pero esos pensamientos no eran más que una distracción. Sabía que CRUEL nunca permitiría que sucediera algo así. No, tendría que planear cada detalle antes de actuar.

Cuando el hecho *realmente* ocurrió –la puerta se abrió de pronto y dejó pasar una ráfaga ligera–, Thomas se asombró de su propia reacción: permaneció inmóvil. Algo le dijo que una barrera invisible había surgido entre el escritorio y él, como aquella vez en la residencia después del Laberinto. Aún no había llegado el momento de entrar en acción.

Sintió apenas un dejo de sorpresa al ver ingresar a la Rata: el hombre que les había informado a los Habitantes acerca de la última prueba que habían tenido que realizar en el Desierto. La misma nariz larga, los mismos ojos de comadreja; ese cabello grasiento, peinado por encima de una zona calva que ocupaba la mitad de la cabeza. El mismo ridículo traje blanco. No obstante, lucía más pálido que la última vez. Con el brazo sostenía una abultada carpeta llena de papeles arrugados y desordenados y arrastraba una silla de respaldo recto.

–Buenos días, Thomas –dijo con un rígido movimiento de cabeza. Sin esperar respuesta, cerró la puerta, colocó la silla detrás del escritorio y tomó asiento. Abrió la carpeta y comenzó a pasar las hojas. Al encontrar lo que estaba buscando, se detuvo y apoyó las manos encima. Después, esbozó una mueca patética y clavó los ojos en él.

Cuando Thomas finalmente habló, su voz brotó como un graznido pues llevaba semanas sin decir una palabra.

—Serían buenos días si me dejaran salir de aquí.

El hombre ni siquiera parpadeó.

—Sí, lo sé. No te preocupes. Hoy recibirás varias noticias positivas. Te lo aseguro.

Thomas lo pensó y se sintió avergonzado por dejarse ilusionar, aunque más no fuera por un segundo. A esa altura, ya debería haber aprendido.

—¿Noticias positivas? ¿Acaso no nos eligieron porque creyeron que éramos inteligentes?

Antes de responder, la Rata permaneció unos segundos en silencio.

—Inteligentes, sí. Entre otras razones más importantes —hizo una pausa y, antes de continuar, estudió la expresión de Thomas—. ¿Piensas que estamos *disfrutando* todo esto? ¿Que nos agrada verlos sufrir? Esto responde a un propósito y pronto lo comprenderás —la intensidad de su voz había ido en aumento hasta pronunciar la última palabra casi en un grito y con el rostro enrojecido.

—Guau —dijo Thomas, envalentonándose cada vez más—. Viejo, más vale que se calme. Me parece que está a un paso del infarto —exclamó. Le hizo bien dejar que semejantes palabras fluyeran de su interior.

El hombre se levantó de la silla y se inclinó sobre el escritorio. Las venas del cuello sobresalían como cuerdas tensas. Volvió a sentarse pausadamente y respiró hondo varias veces.

—Uno pensaría que casi cuatro semanas dentro de esta caja blanca te habrían enseñado un poco de humildad, pero pareces más arrogante que nunca.

—¿Así que me dirá que no estoy loco? ¿Que no tengo la Llamada ni nunca la tuve? —preguntó Thomas sin poder contenerse. La furia comenzó a despertarse dentro de él y sintió que iba a explotar. Pero se esforzó por aparentar tranquilidad en su voz—. Eso es lo que me mantuvo cuerdo durante todo este

tiempo: en el fondo sé que le mintieron a Teresa y que esta no es más que otra de sus pruebas. ¿Qué tengo que hacer ahora? ¿Me enviarán a la luna? ¿Me harán nadar en el mar en ropa interior? —concluyó con una sonrisa para dar más dramatismo.

Mientras Thomas protestaba, la Rata lo miraba fijamente con rostro inexpresivo.

—¿Ya terminaste?

—No. Todavía no —repuso. Había estado esperando la oportunidad de hablar durante días, pero cuando finalmente llegó, su mente estaba en blanco. Había olvidado todos los discursos que había repetido en su cabeza—. Quiero... que me cuente todo. Ahora.

—Ay, Thomas —dijo la Rata suavemente, como si estuviera dándole noticias tristes a un niño—. No te mentimos. Es cierto que tienes la Lllamarada.

Thomas se quedó desconcertado y un escalofrío atravesó el ardor de su ira. ¿*Acaso la Rata sigue mintiendo?*, se preguntó. Sin embargo, se encogió de hombros como si esa información ya no le resultara sorprendente.

—Bueno, al menos todavía no empecé a volverme loco —afirmó. En un momento determinado, después del tiempo transcurrido en el Desierto, en compañía de Brenda y rodeado de Cranks, había aceptado que, a la larga, se contagiaría el virus. Pero se dijo a sí mismo que ahora estaba bien. Todavía no había perdido la razón. Y eso era lo único que importaba.

La Rata suspiró.

—No es eso. No entendiste lo que vine a decirte.

—¿Por qué habría de creer una sola de las palabras que salen de su boca? ¿Cómo puede esperar semejante cosa?

Thomas descubrió que estaba de pie a pesar de que no recordaba haberse movido. Su pecho se agitaba y respiraba con dificultad. Tenía que controlarse. La mirada de la Rata era fría; sus ojos, dos agujeros negros. Más allá del hecho de que ese hombre lo estuviera engañando o no, sabía que tenía que escucharlo si quería salir alguna vez de esa habitación blanca. Hizo un esfuerzo para aflojar la respiración y esperó.

Después de varios segundos, su visitante prosiguió.

—Yo sé que te mentimos. Muchas veces. Te hemos hecho cosas horrendas a ti y a tus amigos. Pero todo forma parte de un plan, con el cual no solo estuviste de acuerdo sino que también colaboraste para organizarlo. No cabe duda de que hemos tenido que llevar las cosas un poco más lejos de lo que pensamos en un principio. Sin embargo, todo se ha mantenido fiel al espíritu de aquello que los Creadores imaginaron, de lo que tú imaginaste en su lugar, después de que se hizo la... purga.

Thomas sacudió la cabeza despacio: sabía que había estado involucrado de alguna manera con esa gente, pero la sola idea de exponer a alguien a todo lo que él había sufrido le resultaba incomprendible.

—No me respondió. ¿Cómo puede pretender que le crea algo de lo que está diciendo? —repitió. Por supuesto que él recordaba más de lo que dejaba entrever. A pesar de que la ventana que lo unía a su pasado estaba empañada y no revelaba más que atisbos de su memoria, sabía que había trabajado para CRUEL. Y que Teresa también lo había hecho y que ambos habían ayudado a crear el Laberinto. Había recuperado otros breves fragmentos de sus recuerdos.

—Porque no nos sirve de nada mantenerte en la oscuridad —respondió la Rata—. Ya no.

Thomas sintió un cansancio repentino, como si le hubieran drenado toda su fuerza dejándolo sin nada. Con un profundo suspiro, se desplomó en el suelo y meneó la cabeza.

—Ni siquiera sé qué significa eso —afirmó. ¿Qué sentido tenía mantener una conversación cuando no podía confiar en ninguna de sus palabras?

La Rata continuó hablando, pero su tono cambió: se volvió menos frío y distante, más pedagógico.

—Es obvio que sabes perfectamente que existe una horrible enfermedad que se está devorando la mente de los seres humanos de todo el mundo. Todo lo que hemos hecho hasta ahora fue programado con una sola intención: analizar los paradigmas

de sus cerebros y, a partir de ellos, armar un plano. El objetivo es utilizar ese plano para desarrollar una cura para la Llamarada. Las vidas perdidas, el dolor y el sufrimiento... tú sabías lo que estaba en juego cuando todo esto empezó. Todos lo sabíamos. La intención era asegurar la supervivencia de la raza humana. Y estamos muy cerca. Muy, muy cerca.

En muchas oportunidades, Thomas había recuperado algunos recuerdos. La Transformación, los sueños que había tenido desde entonces, destellos fugaces aquí y allá, como rayos huidizos dentro de su mente. Y en ese instante, mientras escuchaba al hombre de traje blanco, tuvo la sensación de que se hallaba al borde de un precipicio y que todas las respuestas estaban a punto de brotar de las profundidades para que él las contemplara en su totalidad. El impulso de aferrar esas respuestas era demasiado fuerte como para resistirlo.

Igualmente, sentía cierto recelo. Sabía que había participado de todo eso y que había ayudado a diseñar el Laberinto. Después de la muerte de los Creadores originales, se había hecho cargo y había permitido que el programa siguiera en funcionamiento al reclutar gente nueva.

—Recuerdo lo suficiente como para sentirme avergonzado —admitió—. Pero padecer todos estos sufrimientos es muy distinto que planearlos. Creo que no está bien.

La Rata se rascó la nariz y se movió en el asiento. Algo que Thomas había dicho lo había afectado.

—Ya veremos si sigues pensando así al finalizar el día, Thomas. Claro que lo veremos. Pero déjame hacerte una pregunta: ¿me estás diciendo que no vale la pena perder unas pocas vidas para salvar infinitas más? —el hombre volvió a hablar apasionadamente, inclinándose hacia adelante—. Sé que es un antiguo proverbio, pero ¿no crees que el fin puede justificar los medios cuando ya no hay otra alternativa?

Thomas se quedó observándolo. No le agradaba la respuesta.

La Rata esbozó una sonrisa, que parecía más bien una mueca de desprecio.

—Ten en cuenta, Thomas, que alguna vez pensaste que era así —agregó, y comenzó a recoger los papeles como si fuera a marcharse, pero no se movió—. Vine a comunicarte que todo está listo y que nuestra información está casi completa. Nos encontramos frente a algo grandioso. Una vez que tengamos el plano, puedes ir con tus amigos a quejarte todo lo que desees acerca de lo *injustos* que fuimos.

Thomas tenía ganas de herir a la Rata con palabras duras, pero se contuvo.

—¿Y cómo es que las torturas conducen a ese plano que mencionó? Enviar a un grupo de adolescentes en contra de su voluntad a lugares terribles y ver cómo mueren algunos de ellos: ¿de qué forma puede eso tener algo que ver con hallar la cura para una enfermedad?

—Tiene muchísimo que ver —dijo el hombre con un profundo suspiro—. Jovencito, pronto recordarás todo y me temo que tendrás mucho que lamentar. Mientras tanto, hay algo que debes saber y que quizá te haga recapacitar.

—¿Qué es? —preguntó. No tenía la menor idea de lo que diría.

El visitante se puso de pie, estiró las arrugas de los pantalones y se acomodó el saco. Luego, juntó las manos en la espalda.

—El virus de la Lllamarada se ha diseminado por todo tu cuerpo; sin embargo, no puede afectarte ahora ni nunca. Formas parte de un grupo de personas extremadamente raro. Eres *immune* a la Lllamarada.

Thomas tragó saliva y enmudeció.

—Afuera, en las calles, a los que son como tú los llaman *Munis* —continuó la Rata—. Y los detestan profundamente.